

minio de la metafísica?—Mientras un fenómeno de la vida no es explicado por la física y por la química, nos parece inabordable; pero apenas cae el velo, se queda uno asombrado de que la cosa fuera tan sencilla. — Una explicación físico-química de nuestra vida interior no sale de los límites del dominio de las posibilidades, puesto que ya hoy se explican así, al menos en principio, ciertas manifestaciones simples del instinto y de la voluntad de los animales. Tal es el caso de los tropismos genialmente estudiados por Loeb. El ejemplo más sencillo de un tropismo animal es el fototropismo o heliotropismo, esto es la tendencia que tienen ciertos animales a dirigirse según la luz. Se trata de la manifestación de un instinto o de una impulsión a la cual no puede resistir el animal, y que es comparable a la manifestación de una pasión ciega en el hombre. Ahora bien, este instinto irresistible, al cual debe obedecer el animal aun a costa de la propia vida, parece explicarse por la ley de Bunsen y Roscoe, que se aplica a la interpretación de los fenómenos fotoquímicos en la naturaleza inanimada; ley muy simple, que dice: el efecto luminoso es igual al producto de la intensidad de la luz por la duración de la iluminación. La pretendida voluntad o el instinto del animal heliotrópico viene a ser el simple resultado del hecho de poseer en sus ojos (y a veces en la piel) sustancias que sufren una modificación química bajo la influencia de la luz. Los productos de tal reacción química obran luego sobre el estado de contracción de los músculos del cuerpo, y de ahí los diversos movimientos observados.

Nuestros caprichos y esperanzas, nuestras desilusiones y sufrimientos, toda nuestra vida interior tiene su origen en instintos comparables al he-

liotropismo: el hambre y la busca de los alimentos, la vida sexual con su poesía y todo lo que a ella atañe, el amor maternal con sus alegrías y sus dolores. Y es tan marcado el carácter químico de estos instintos que, podemos afirmarlo, el análisis físico-químico de nuestros actos es puramente cuestión de tiempo.

El instinto heliotrópico y las sustancias fotoquímicas que lo condicionan se transmiten por la vía de la herencia lo mismo que las particularidades morfológicas de la estructura, y otro tanto sucede con los instintos sobre que se edifica nuestra vida interior.

VIII. Somos máquinas químicas y nuestros instintos forman la base de nuestra moral. Comemos y nos reproducimos, automáticamente obligados a ello, y no porque los metafísicos lo hayan reconocido como conveniente. Desplegamos nuestra actividad, porque a ello somos incitados mecánicamente por los procesos de nuestro sistema nervioso, y si los hombres no son esclavos de las condiciones económicas, el instinto del «esfuerzo logrado» o del trabajo fecundo determinan la orientación de su actividad. La madre ama a sus hijos y les cuida, no porque los metafísicos hayan proclamado que tal amor es sublime, sino en virtud de una determinación orgánica ineludible. Condiciones hereditarias nos empujan a buscar la sociedad de los hombres. Luchamos por la justicia y la verdad y estamos dispuestos a sacrificar por ellas la vida, porque instintivamente queremos ver felices a nuestros semejantes.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

AVISO. — Ponemos en conocimiento de los suscritores que se les suspenderá el envío á aquellos que no estén al corriente de pago.



RECOMENDAMOS á nuestros lectores lean la siguiente página de avisos. Todas las obras científicas y literarias que nos pidan, las serviremos en seguida. Pago anticipado.

IMP. ALSINA, San José, Costa Rica